

I Sunday of Lent

The Works of Mercy: To Feed the Hungry, to Instruct the Ignorant

Let us begin the time of mercy that is Lent by considering the works of mercy, both the spiritual and the corporal, those which pertain to the body and those which concern the soul. We make mercy a constant prayer, as we cry out “Lord have mercy” at every Mass, and invoke the mercy of the Lamb of God, who was slain for our sins. And so in seeking the mercy of God for ourselves in the Lenten season of penitence, we must also strive to more greatly reflect the mercy of God in our own actions and words. The Lord teaches us that “blessed are the merciful, for they shall be shown mercy.” We will reflect on the works of mercy throughout this Lent, one each of the spiritual and corporal, until the Easter Season begins.

To feed the hungry is a universal value, something praised as virtuous in every culture and every religion, something that every civil government at least pays lip service to the importance of. This is because food is life. No matter what one believes or what language he speaks or where he lives, he needs to eat. And not only is eating a basic survival necessity, it is something endowed with a culture all of its own, one which reaches its fullest expression in the communal meal. The centerpiece of our Catholic faith is a sacrament which was established at a Passover Supper, and which is still commemorated as the banquet in which the sacrifice offered for our sins is consumed. Sacraments are the ultimate example of the theological maxim that “grace builds upon nature,” and so it makes sense that the most important sacrament is one which has as its sign the consumption of food. Food gives life to the body, and spiritual food gives life to the soul. We should listen carefully to the postcommunion prayers at Mass, for most of them have as their chief intention that the Eucharist transform us into what we have received. From God’s mercy we have received food to give us life, and so the Eucharist ought to motivate us then to give food to those who are in need of it. In this way, we share in God’s life-giving love and mercy.

We can give food to the hungry in a variety of ways, even if we cannot do so directly. Obviously we can show hospitality to our neighbors by inviting them for a meal, we can serve at food pantries and in serving meals to the needy. If we cannot do these things, we can make contributions to support those organizations who do. Lenten almsgiving is meant, we are told in the prayers of this season, to contribute to the feeding of the poor, and once freed from what is exterior to us by giving alms, we are able to lift up our thoughts to God in prayer.

To instruct the ignorant sounds like a bit of a harsh proposition, with the word “ignorant” having an invariably negative connotation in modern language. But “ignorant” simply means “to be without knowledge.” In John’s Gospel, the very first words tell us that Christ is the *Logos*, the eternal Word of the Father. The word “*Logos*” can be translated as “Word,” and it typically is in most Bibles, but it carries a rich range of definitions in ancient texts. It can even mean “knowledge,” and so to instruct the ignorant simply means to bestow the light of knowledge to one who is in darkness. If we see Christ as the source of true knowledge, and the one whom we are to strive to know, then by instructing the ignorant, we are showing Christ to others. God is truth itself, and whoever encounters truth encounters God to some degree.

We participate in this work of mercy by sharing the truth of our faith with others. We can do this in everyday circumstances by witnessing to our faith in visible ways, even without words. Saying a prayer over our meal in a restaurant or making the Sign of the Cross when we hear sirens passing by give witness to our faith and our reliance on God. We might speak up to our neighbors about what it is we believe, particularly when this is challenged. And we can always work to hand on the faith to the next generation. The work of catechists is invaluable and is a response to the Gospel call to “make disciples of all nations.”

I Domingo de Cuaresma

Las obras de misericordia: Dar de comer al hambriento, instruir al ignorante

Comencemos el tiempo de misericordia que es la Cuaresma considerando las obras de misericordia, tanto las espirituales como las corporales, las que pertenecen al cuerpo y las que conciernen al alma. Hacemos de la misericordia una oración constante, mientras gritamos "Señor, ten piedad" en cada Misa, e invocamos la misericordia del Cordero de Dios, que fue inmolado por nuestros pecados. Y así, al buscar la misericordia de Dios para nosotros mismos en el tiempo de penitencia de la Cuaresma, también debemos esforzarnos por reflejar más grandemente la misericordia de Dios en nuestras propias acciones y palabras. El Señor nos enseña que "bienaventurados los misericordiosos, porque a ellos se les mostrará misericordia". Reflexionaremos sobre las obras de misericordia a lo largo de esta Cuaresma, una de cada una de las espirituales y las corporales, hasta que comience el tiempo de Pascua.

Alimentar a los hambrientos es un valor universal, algo alabado como virtuoso en todas las culturas y todas las religiones, algo de lo que todos los gobiernos civiles al menos hablan de boquilla. Esto se debe a que la comida es vida. No importa lo que uno crea, qué idioma hable o dónde viva, necesita comer. Y comer no solo es una necesidad básica de supervivencia, sino que es algo dotado de una cultura propia, que alcanza su máxima expresión en la comida comunitaria. La pieza central de nuestra fe católica es un sacramento que se estableció en una cena de Pascua, y que todavía se conmemora como el banquete en el que se consume el sacrificio ofrecido por nuestros pecados. Los sacramentos son el ejemplo definitivo de la máxima teológica de que "la gracia edifica sobre la naturaleza", por lo que tiene sentido que el sacramento más importante sea aquel que tiene como signo el consumo de alimentos. La comida da vida al cuerpo, y la comida espiritual da vida al alma. Debemos escuchar atentamente las oraciones post-comunión en la Misa, porque la mayoría de ellas tienen como intención principal que la Eucaristía nos transforme en lo que hemos recibido. De la misericordia de Dios hemos recibido alimento para darnos la vida, y por eso la Eucaristía debe motivarnos a dar alimento a los que lo necesitan. De esta manera, compartimos el amor y la misericordia vivificantes de Dios.

Podemos dar comida a los hambrientos de diversas maneras, aunque no podamos hacerlo directamente. Obviamente podemos mostrar hospitalidad a nuestros vecinos invitándolos a comer, podemos servir en despensas de alimentos y sirviendo comidas a los necesitados. Si no podemos hacer estas cosas, podemos hacer contribuciones para apoyar a las organizaciones que sí lo hacen. La limosna cuaresmal se entiende, se nos dice en las oraciones de este tiempo, para contribuir a la alimentación de los pobres, y una vez liberados de lo que es exterior a nosotros al dar limosna, podemos elevar nuestros pensamientos a Dios en oración.

Instruir a los ignorantes suena como una proposición un poco dura, ya que la palabra "ignorante" tiene una connotación invariablemente negativa en el lenguaje moderno. Pero "ignorante" simplemente significa "no tener conocimiento". En el Evangelio de Juan, las primeras palabras nos dicen que Cristo es *el Logos*, el Verbo eterno del Padre. La palabra "*Logos*" se puede traducir como "Palabra" o "Verbo", y normalmente se encuentra en la mayoría de las Biblia, pero tiene una rica gama de definiciones en los textos antiguos. Incluso puede significar "conocimiento", por lo que instruir al ignorante simplemente significa otorgar la luz del conocimiento a alguien que está en tinieblas. Si vemos a Cristo como la fuente del verdadero conocimiento, y aquel a quien debemos esforzarnos por conocer, entonces, al instruir a los ignorantes, estamos mostrando a Cristo a los demás. Dios es la verdad misma, y quien se encuentra con la verdad se encuentra con Dios hasta cierto punto.

Participamos en esta obra de misericordia compartiendo la verdad de nuestra fe con los demás. Podemos hacer esto en circunstancias cotidianas dando testimonio de nuestra fe de manera visible, incluso sin palabras. Decir una oración durante nuestra comida en un restaurante o hacer la señal de la cruz cuando escuchamos pasar sirenas dan testimonio de nuestra fe y nuestra confianza en Dios. Podríamos hablar con nuestros vecinos sobre lo que creemos, particularmente cuando esto es desafiado. Y siempre podemos trabajar para transmitir la fe a la próxima generación. El trabajo de los catequistas es invaluable y es una respuesta al llamado del Evangelio a "hacer discípulos de todas las naciones".



DIOCESE OF CHARLOTTE

Safe Environment Program

Important announcement for all current and new volunteers:

Virtus is changing to CMG Connect

The Diocese of Charlotte is enhancing its Safe Environment program with new, comprehensive policies and procedures updated for today's issues and needs. Among other updates, the diocese has shifted from Virtus to a streamlined platform called CMG Connect. CMG Connect will combine all of our Safe Environment screening, onboarding and training in one place for all clergy, employees and volunteers.

All who volunteer or work with minors or vulnerable adults in the Diocese of Charlotte will need to be set up and certified through CMG Connect.

Existing Virtus users: If your Virtus account contained your email address, please look for an email from the diocese or your local Safe Environment coordinator with instructions for how to access your new CMG Connect account.

New volunteers: Please contact your local parish's Safe Environment coordinator for further instructions or you can visit <https://charlottediocese.org/offices/safe-environment/> to register as a new volunteer.

Questions? Please contact your local Safe Environment coordinator. You may also contact the Diocese Safe Environment Office at safeenvironment@rcdoc.org.

Your parish's local Safe Environment coordinator is:

Susan Smith
stfrancis@skybest.com
(336) 246-9151, ext. 2



DIOCESE OF CHARLOTTE

Programa de Entorno Seguro

Anuncio importante para todos los voluntarios actuales y nuevos:

Virtus cambia a CMG Connect

La Diócesis de Charlotte está mejorando su programa de Ambiente Seguro con políticas y procedimientos nuevos e integrales actualizados para los problemas y necesidades actuales. Entre otras actualizaciones, la diócesis ha pasado de Virtus a una plataforma simplificada llamada CMG Connect. CMG Connect combinará todos nuestros procesos de evaluación, incorporación y capacitación sobre entornos seguros en un solo lugar para todos los clérigos, empleados y voluntarios.

Todos los que sean voluntarios o trabajen con menores o adultos vulnerables en la Diócesis de Charlotte deberán registrarse y certificarse a través de CMG Connect.

Usuarios actuales de Virtus: Si su cuenta de Virtus contenía su dirección de correo electrónico, busque un correo electrónico de la diócesis o de su coordinador local de Entorno Seguro con instrucciones sobre cómo acceder a su nueva cuenta de CMG Connect.

Nuevos voluntarios: Comuníquese con el coordinador de Ambiente Seguro de su parroquia local para obtener más instrucciones o puede visitar <https://charlottediocese.org/offices/safe-environment/> para registrarse como nuevo voluntario.

¿Preguntas? Comuníquese con su coordinador local de Entorno Seguro. También puede comunicarse con la Oficina de Medio Ambiente Seguro de la Diócesis escribiendo a safeenvironment@rcdoc.org.

El coordinador local de Ambiente Seguro de su parroquia es:

Susan Smith

stfrancis@skybest.com

(336) 246-9151, ext. 2